

LA PROVINCIA DE MADRID
EN «CAMINO DE PERFECCION»,
de BAROJA

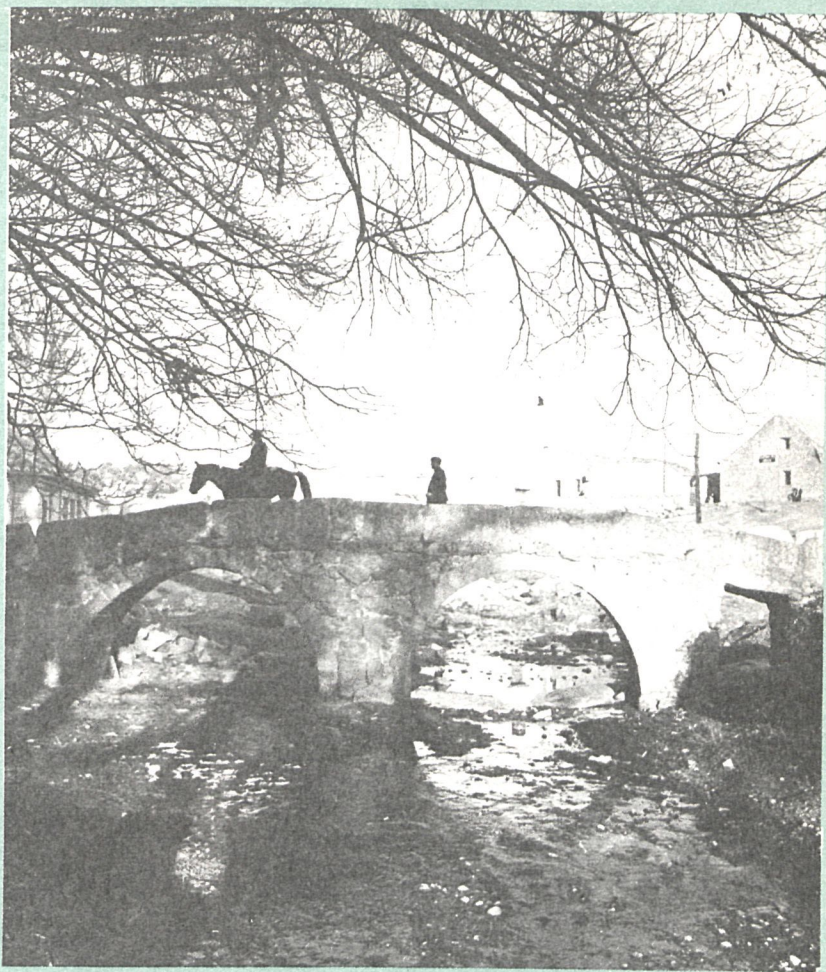


E

NTRE los escritores del 98, Pío Baroja es uno de los que con mayor de-

tenimiento y riqueza descriptiva reflejan el paisaje de la provincia; y de sus libros, ninguno como «Camino de perfección», que es tanto novela como uno de los mejores libros de viaje de la época. A diferencia de Unamuno, que elimina el paisaje de sus novelas, dejándolas desencarnadas (mientras que sus libros de «Andanzas y visiones» lo contienen casi únicamente), y de Azorín, que llena artículos y libros con descripciones de la tierra española, Baroja lo incluye en sus novelas, como fondo y contrapunto para la acción, pero sin dejar de dedicarle atención preferente.

Para los noventayochistas, uno de los modos más seguros de acercarse al ser auténtico de España era el conocimiento directo de sus tierras y sus hombres, en viajes a pie, con una libertad y calma para disponer de su tiempo que nos resultan hoy envidiables. Azorín, recorriendo en una tartana los interminables caminos de la Mancha, con su cuaderno en el bolsillo, como corresponsal de un periódico; Antonio Machado, en los diarios paseos y en las excursiones con que llenaba el tedio provinciano; Unamuno, aprovechando cada vacación escolar para hacer los recorridos a pie y en mulo que nos relata en sus dos libros de viajes; y, en fin, Pío Baroja, cuyos paisajes, a diferencia de los



galdosianos, han sido siempre previamente conocidos y vividos, nos muestran una visión inédita de España. En concreto, el viaje que llena la primera parte de su novela «Camino de perfección» (que le consagró en 1902, en plena juventud) lo había hecho el autor acompañado de su amigo suizo Paul Schmidt, que le comunicó su entusiasmo por Nietzsche; al amigo se le llama en la novela Sehultze. El protagonista Fernando Ossorio, que participa de las opiniones y sobre todo de la sensibilidad del autor, se decide a emprender un viaje como única solución a una grave crisis personal. Sale a pie de Madrid, y con él vamos a ir descubriendo una espléndida colección de paisajes.

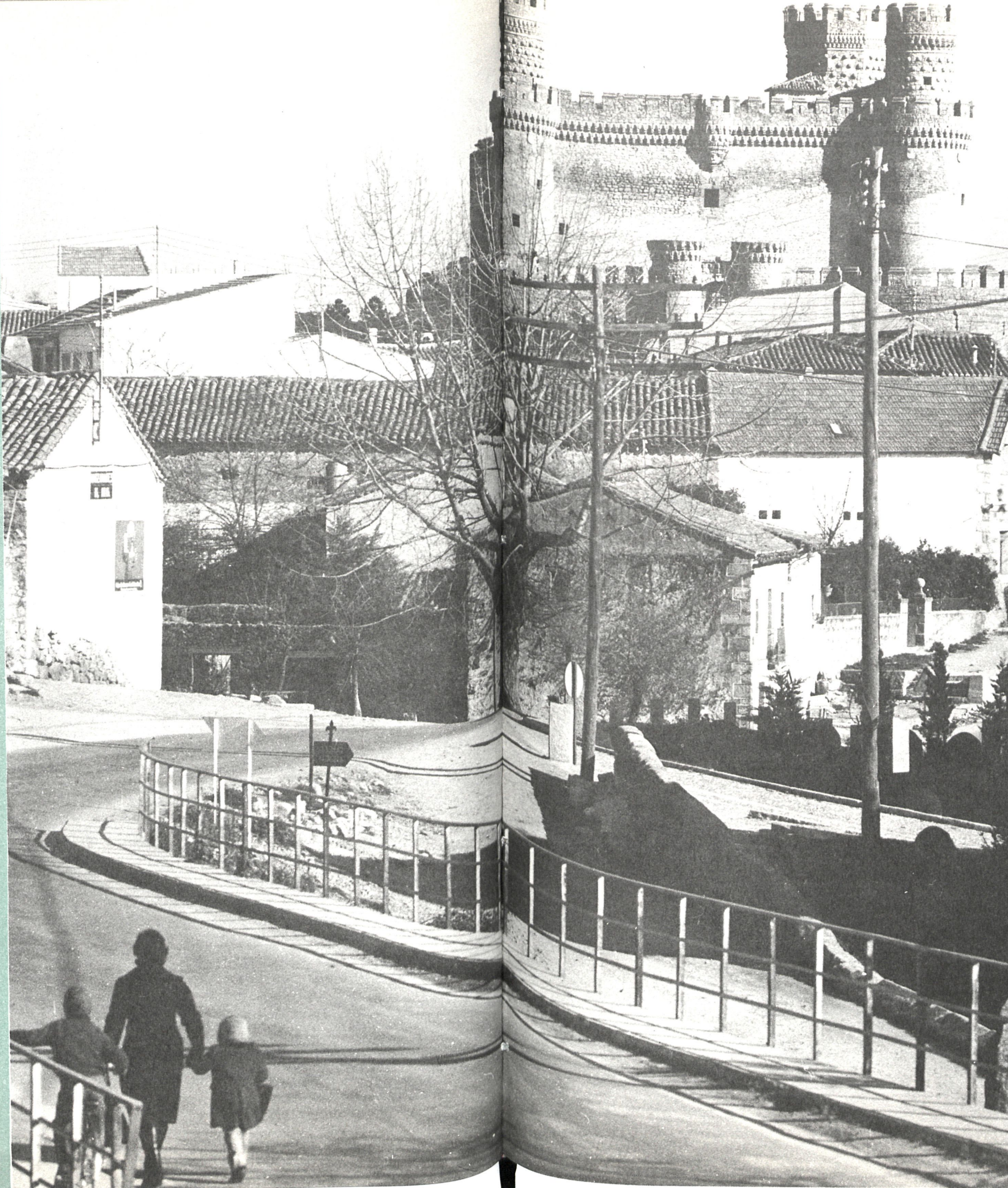
En el Madrid de 1900,

el campo empezaba al final de la Castellana, en el antiguo Hipódromo. De allí sale Ossorio, pasando por los Cuatro Caminos, para Fuencarral, en una noche calurosa de junio. Aunque el propósito del personaje es olvidarse de su tensión nerviosa con la fatiga del camino, no deja de anotar la sensibilidad a los contrastes y matices de colores, propia del impresionismo pictórico y literario en el que se mueve, reforzado por la cercanía de su hermano pintor, Ricardo. Por otra parte, el subjetivismo con que interpreta el espectáculo del cielo tormentoso, la carga emotiva de los adjetivos y las imágenes, son de índole expresionista. El escritor «expresa» su yo proyectándolo en la realidad exterior, exagerando y seleccionan-

do sus rasgos: «Se veía el pueblo desde lejos sobre una loma. Por encima de él, nubes espesas y plomizas formaban en el horizonte una alta muralla, encima de la cual parecían adivinarse las torres y campanarios de alguna ciudad misteriosa, de sueño. Aquella masa de color de plomo estaba surcada por largas hendiduras rojas que al reunirse y ensancharse parecían inmensos pájaros de fuego con las alas extendidas».

El itinerario de Fernando sigue por Manzanares y su castillo, a través de dehesas de toros bravos, en plena noche. Las descripciones de los tipos humanos son también de interés por la escueta fuerza de sus rasgos, en general duros y negativos: «Algunos pastores famélicos, sucios, desgredados...» «... mujeres arrodilladas, con mantillas negras echadas sobre la frente, caras duras, desnegridas, tostadas por el sol... Si en la visión de la ciudad aérea entre las nubes nos hace recordar su afición por el Greco, en estos cuadros pensamos en el influjo de Solana. Por otro lado, el escritor contemporáneo que más cerca está de él, mostrando una influencia clara en sus libros de viajes (en «Judíos, moros y cristianos» coincide en el itinerario y cita a su admirado Baroja) es Cela.

Pero las descripciones barojianas en este libro tiene dos vertientes: la acre, incisiva, de los esbozos de hombres del pueblo, y la lírica, rica de colorido de las impresiones del protagonista, que había sido



pintor. El paisaje, dentro de la dinámica de la novela, se acomoda a los estados de ánimo de Fernando, que gusta de ponerse en sintonía con él y, agotado y buscando el olvido, se entrega a la mirada: «Se tendió en el suelo y miró las nubes... ¡Qué impresión de vaguedad producían el cansancio y la contemplación en su alma! Su vida era una cosa tan inconcreta como una de aquellas nubes sin fuerza... Después de atravesar otras aldeas errando al azar, llega a Rascafría y El Paular. Fernando, «alter ego» de Pío Baroja, encuentra un lugar ideal para el descanso «sobre todo el cementerio del convento era de una gran poesía... Un patio con arrayanes y cipreses en donde palpataba un recogimiento solemne, un silencio sólo interrumpido por el murmullo de una fuente...» Le atrae la tumba de un obispo de Segovia, que le hace pensar en la unidad de hombre y naturaleza, dedicándole unos párrafos poéticos, dentro de la concepción del eterno retorno. Cerca de allí encuentra a un viajero suizo, Schultze, con quien hará un recorrido por la sierra, en el límite de las provincias de Madrid y Segovia. Suben por el pinar hasta la laguna de Peñalara, y allí hacen noche. Los pasajes descriptivos que siguen son los más ricos y prolongados del libro: «A veces cruzaban por bosques, entre grandes árboles secos, caídos, de color blanco, cuyas retorcidas ramas parecían brazos... Los montes que enfrente cerraban el valle



tenían un color violáceo con manchas verdes de las praderas; por encima de ellos brotaban nubes con encendidos núcleos fundidos por el sol al rojo blanco». En la laguna duermen y contemplan el amanecer, que Baroja describe en su rápida evolución de colores, con una acertada

economía expresiva. Pero el mayor alarde descriptivo del libro está unas páginas más adelante, cuando los viajeros, después de subir a Peñalara y bajar hacia Cercedilla, descansan en un prado, dedicando un largo espacio a la contemplación de la sierra y la llanura madrileña

bajo el cambiante cielo tormentoso: «Aquella tierra lejana e inundada de sol daba la sensación de un mar espeso y turbio; y un mar también, pero mar azul y transparente, parecía el cielo y sus blancas nubes eran blancas espumas agitadas... Con los cambios de luz, el paisaje se trans-

formaba. Algunos montes parecían cortados en dos; rojos en las alturas, negros en las faldas... A veces, al pasar los rayos por una nube plumiza, corría una pincelada de oro por la parte en sombra de la llanura y del bosque, y bañaba con luz anaranjada las copas redondas de los pinos... Fue anocheciendo. Se levantó un vientecillo suave que pasaba por la piel como una caricia. Los cantuesos perfumaron el aire... Piaron los pájaros... Era una sinfonía voluptuo-

sa de colores, de olores y de sonidos». La descripción se va haciendo más dramática en los últimos momentos de la puesta del sol entre las nubes espesas y oscuras, con una intensidad de colores rojizos y de contrastes que parecen al protagonista «algo de sueño, algo apocalíptico». Con estas citas, y sobre todo con una lectura de «Camino de perfección», vemos que los paisajes de la sierra madrileña toman un relieve mayor que nunca hasta entonces en nues-

tra literatura, Baroja, que de ninguna manera es el escritor descuidado que han pretendido algunos críticos ineptos, demuestra su capacidad para recrear los contrastes y matices de colores de la naturaleza, así como los procesos cambiantes de la luz, con un estilo impresionista rico y matizado.

**Federico
BERMUDEZ
CAÑETE**



Quién es quién en la Diputación Provincial de Madrid

ANGEL ARROYO SOBERON



Diputado Provincial por el Partido de Getafe. Nace el 4 de febrero de 1930 en La Hermida (Santander). Casado y con tres hijos. Ingeniero Técnico. Alcalde de Getafe desde julio de 1974. Procedente de Juventudes, fue delegado local doce años. Realizó los cursos nacionales de Falange y Centuria en Cobaleda, y el de delegado en la Academia Onésimo Redondo (Cuenca). En el año 1958 sale elegido concejal, cargo que desempeña durante 14 años. Fue consejero local durante 20 años. Está

en posesión de las siguientes condecoraciones: Medalla de la Constancia, 1953; Medalla de la Orden imperial Yugo y Flechas, 1958; Medalla de la Juventud, 1971. Fue elegido alcalde distinguido en el año 1976. Es en la actualidad miembro de la Comisión del Area (Coplaco), en representación de la provincia. Y por la Diputación, presidente del Consejo de Administración de la Ciudad de Ancianos «Francisco Franco», de la carretera de Colmenar, entre otros cargos.



CULTURA



*Don Ramón del Valle Inclán,
estilista del idioma, poeta,
novelista y dramaturgo*

LAS TERTULIAS LITERARIAS

Las generaciones actuales no hemos conocido lo que eran las tertulias de escritores en aquellos lejanos años anteriores a la guerra civil. Había en España un apetito desbordado de conversación, y el cauce natural que lo recogía y aglutinaba era la peña del

café. Las había en todos los cafés de Madrid y en ellas se ventilaban cuestiones políticas, sociales, familiares o profesionales. En algunas de estas tertulias se daba cita lo más florido de la intelectualidad del país y hasta de Hispanoamérica, pues contertulios fueron el filipino Rizal, el nicaragüense Rubén Darío, el mejicano Amado Nervo, el venezolano Balco Fombona y el argentino Larreta.

Entre las tertulias más renombradas se encontraban la de Valle-Inclán, en la Granja del Henar; la de Benavente, en

el Gato Negro, y la de Gómez de la Serna, en Pombo.

Después de la guerra fueron desapareciendo tertulias como la de los comediantes, sostenida por Luis Estero, cuando trabajaba en Madrid, o el café en que solían encontrarse Edmundo González-Blanco, Emilio Carrere y Diego San José Carrere era un bohemio que fumaba en cachimba y vestía con un atuendo muy original. San José publicaba algunas novelillas y González-Blanco hablaba de sus dos

grandes aficiones: la Filosofía y el vino de Valdepeñas.

En la actualidad son muy escasas las tertulas de literatos. Si exceptuamos las del Gijón, apenas si queda alguna otra. Y es que los hombres se reúnen hoy para hablar de política, y las mujeres de sus reivindicaciones femeninas. Pero la cultura está, desgraciadamente, ausente en estas reuniones. ¿No sería ahora el momento, cuando tanto se habla de diálogo, de resucitar las peñas o tertulias literarias?

